

“Terminó el discurso de Julio Uranga. Inopinadamente se puso de pie Heriberto Barrón y en forma asaz insolente, pidió hacer uso de la palabra; pero el Presidente se opuso expresando que de conformidad con el reglamento a que estaban sujetas las asambleas, sólo podían hacer uso de la palabra el orador previamente designado, quien trataría solamente sobre el tema señalado, y después de éste únicamente los miembros del propio Club para presentar iniciativas o mociones y que como no había ninguno de los socios que pudiera tomar participación para cualquiera de los efectos indicados, declaraba levantada aquella memorable sesión. No obstante la explicación del ingeniero Arriaga el supradicho Barrón, agresivo y estentóreo, dijo que con él no rezaba tal acuerdo y que se tomaba por sí y ante sí la libertad de hablar para calificar aquella reunión como un centro de sediciosos plagados de ambiciones vulgares, los cuales con tendencias anárquicas querían destruir lo más sagrado que tenía la nación: el gobierno que encabezaba el digno, el invicto general Porfirio Díaz, así como el no menos ilustre general Bernardo Reyes, y que a pesar de lo que había declarado y lo repetía de que él era un convencido liberal, no podía permitir que en aquella reunión de individuos audaces se denigrara de manera tan procaz el gobierno de la república y profirió un viva al general Díaz, frase que fué como la contraseña para que los emboscados a que antes me referí sacaran sus armas. Comenzó el alboroto y el estruendo siendo el propio Barrón el primero en disparar con intención de asesinar al ingeniero Arriaga, pero en el momento en que iba a producirse el disparo, de acuerdo con las instrucciones que había recibido y desde el momento en que empezó a gritar Barrón fuí acercándomele, y en ese instante ya junto a él pude desviar su mano y el tiro fué a dar a una lámpara de petróleo que alumbraba el salón, pero no pude impedir que el segundo de los disparos viniera a herirme en el costado derecho a la altura del hígado, salvándome casualmente un peso de la época de Maximiliano que llevaba en una faja víbora, impidiendo que la bala me hubiera atravesado causándome una he-

rida mortal. Barrón, al sentirse sin la opresión de mis manos, corrió hacia la puerta de entrada al salón y allí cobardemente oculto siguió disparando seguramente para acobardarnos.

“Lo que acabo de relatar amén de los disparos que se oían y también por el principio de incendio causado por el balazo que recibió la lámpara de petróleo, produjo la desbandada; nuestros correligionarios salían desatentados, huyendo por la catástrofe; pero pudo evitar el peligro que hubiera sido de mayores consecuencias, el Presidente Arriaga internándose en su domicilio por la puerta del fondo junto con el orador Julio Uranga y el profesor Rivera.

“En medio del tumulto y queriendo evitar mayores desaguisados, herido, inerte, fuí saltando sobre la sillería hasta encontrarme con un sargento llamado Emilio Penieres a quien, aplicándole una llave, logré desarmarlo y hacerme de su pistola con la que lo agredí dejándolo fuera de combate; pero en seguida al ver mi actitud resuelta, todos los emboscados citados antes que después se supo eran los sargentos primeros y segundos del 15º batallón al mando del teniente Amado Cristo, batallón de línea que guarnecía San Luis Potosí, se me echaron encima golpeándome por todos lados hasta que sin conocimiento caí en el pavimento del salón.

“Mientras todo esto sucedía el incendio se había incrementado, pues un pedazo de mecha de la referida lámpara cayó en estado de ignición sobre una silla con asiento de tule que fué un pronto vehículo para que el fuego se propagara y comenzó a consumir sillas, bancos, mesas, cortinajes, y en suma cuanto había dentro del salón. La subconciencia del peligro, la atmósfera pesada por el humo del incendio, al sentir que me asfixiaba pude despertar y con dificultad, apoyándome en la pared salí a la calle. Me desangraba con abundancia y al llegar a la puerta, sin tomar en consideración el lastimoso estado en que me encontraba, varios agentes de la policía reservada que estaban vigilándola me pusieron sobre el pecho sus pistolas y solamente el grito de: ¡no le tiren, que está herido!, lanzado por el jefe político del lugar se-

ñor Gustavo Alemán, pudo evitar que aquella noche me hubieran asesinado.

“El tiempo transcurrido para el desarrollo de los hechos que relato, las personas que intervenían directamente en ellos sobradamente conocidas en San Luis Potosí, y el rumor popular que aumenta siempre el volumen de lo sucedido, produjeron en la ciudad una alarma intensa y el general Kerlegan, haciendo todavía más aparatoso el caso y casi como si fuera a asaltar una fortaleza ordenó que el 15º batallón armado a la bayoneta calada rodeara la manzana donde estaba ubicado el Hotel Jardín, donde tenían sus juntas, con el propósito de evitar que nadie pudiera evadir su acción guerrera, pensando quizás en alguna brillante condecoración que con tal motivo fuera a ornar su pecho de sicario. Fueron muy pocos los que lograron salir por la puerta que daba al fondo del salón, a un lado de la plataforma, que daba acceso al domicilio del señor Arriaga, pudiéndolo conseguir el ingeniero Arriaga quien se ocultó en su casa, y los profesores Julio B. Uranga y Librado Rivera. Al ingeniero Arriaga y al profesor Rivera los aprehendieron otro día en sus domicilios, y el señor Julio Uranga pudo escapar diciéndoles a los esbirros que estaban custodiando la puerta de salida del domicilio del señor Arriaga, que él era también de la reservada así como su compañero Rivera, habiendo ido inmediatamente a consultar con su fiel y buen amigo licenciado Margáin, quien le aconsejó que saliera esa misma noche de San Luis, consiguiendo su fuga en la estación inmediata, en el cabús de un tren de carga, que lo trajo de incógnito a México. Esa misma noche catearon dos veces la casa de los hermanos Uranga así como tres de sus mejores amigos y además, todos los trenes de pasajeros que pasaban por aquella estación, sin poderlo encontrar. Todos fueron detenidos y colocados entre una doble fila de soldados, amarrados codo con codo, tocándole la suerte a mi persona de quedar ligado al brazo izquierdo de Juan Sarabia, quien viendo el lastimoso estado en que me encontraba y alarmado por la sangre que perdía, como pudo fué haciendo pedazos su camisa y los pañuelos que llevaba con los que fué improvisando vendajes para detener la hemorragia que manaba tanto de la herida del costado, como de las que me habían hecho en la cabeza con los gol-

pes a que antes me referí. Entre culatazos e insolencias fuimos conducidos al Palacio de Gobierno donde en una mazmorra que servía para las detenciones previas de asesinos y bandidos fuimos encerrados. Continuamos siendo vejados por el delito de luchar porque se hiciera realidad en todos sus aspectos el libre ejercicio de los derechos ciudadanos consagrados por la Ley y cabe relatar como un hecho curioso, que en el trayecto del Hotel Jardín al Palacio de Gobierno, por donde se veía una gran multitud apiñada en las aceras y mostrando en sus semblantes indignación, Heliodoro Gómez haciendo gala de humorismo a pesar del difícil trance en que se hallaba, pudo hacerse de un gran pedazo de papel y con un carboncillo, apoyándose sobre la espalda de un compañero que con dificultad le detenía el papel, escribió a grandes caracteres: "POR LIBERALES"; se lo colocó en su espalda y esta hábil y curiosa estratagema fué la que sirvió para que todos los habitantes de San Luis se dieran cuenta del por qué del atropello.

"Ya en el lugar de la detención fuimos registrados con toda minuciosidad; se nos recogió todo lo que llevábamos: navajas de bolsillo, los relojes, plumas fuente, lapiceros, libretas de apuntes y bien puede decirse que no dejaron en su poder ni un alfiler. Esta maniobra la efectuaron los agentes de la policía reservada bajo la mirada enérgica del subteniente Amado Cristo, quien comandaba los sargentos primeros del 15º batallón.

"La indecente mazmorra en que fuimos encerrados tenía en el centro una letrina hecha con la mitad de un barril de grandes proporciones, y como el piso iba de las paredes al centro formando un plano inclinado, nos vimos en la necesidad forzosa de permanecer de pie con la espalda pegada a la pared, por la gran cantidad de orines que rodeaba la letrina, formando un charco que casi llegaba a las paredes. No había más luz que la que derramaba una triste cachumba y allí en ese lugar infecto, todavía Juan Sarabia siguió atendiéndome, haciendo lo que mis victimrios debieran haber hecho, es decir, haberme prestado la más insignificante atención médica que en aquellos momentos necesitaba. Y quiero hacer resaltar este hecho de bondad y fraternidad de aquel

magnífico que se llamó Juan Sarabia, para que el recuerdo de su amigo Carlos Uranga sea como un puñado de incienso arrojado sobre las brasas de la intención y del cariño que los unió, luchando juntos por la emancipación de los desheredados. Juan Sarabia sufrió como sus compañeros, aproximadamente ocho meses de presidio en la Penitenciaría de San Luis Potosí, en un tormento constante, soportando tratos carcelarios de aquellos criminales encargados de la cruzía donde ellos se encontraban”.

\* \* \*

Como ya hemos dicho, de unos datos históricos inéditos escritos por el superviviente del Club “Ponciano Arriaga”, Carlos Uranga, estamos publicando lo referente al asalto a dicho Club Liberal el 24 de enero de 1902. El desarrollo final de ese suceso se verá en el próximo número.